



|EL POSO DE LOS DÍAS| JOSÉ MARÍA PÉREZ DE COOSÍO

Nuestras vidas son los ríos...

LA CASA DEL HIDALGO, situada en la calle de San Agustín, mostrando una fisonomía singular, acorde con la época en la que fue construida, siempre ha ejercido en mí una especial atracción. Dijérase que al visitarla, aflorara en alguna parte oculta del inconsciente, la sensación de encontrarme en un útero, simple y austero.

En esta casa se encuentra ubicada, a modo de museo la Fundación Rodera-Robles que siempre exhibe unas exposiciones originales, medidas y sugerentes. Entrañables las más de las veces. Como lo es la que durante estos días dedica a La Calle Real de Segovia.

En el folleto introductor y orientativo de dicha Exposición, Rafael Cantalejo, amigo sensible y conocedor de los múltiples vericuetos que la ciudad ofrece; consecuencia de los modos y maneras con los que se ha venido configurando en base a planteamientos de distinta calidad e ignorancias varias, regala un texto a todas luces gratificante, por lo fluido del mismo, lo medido de sus apreciaciones y dotado de una textura suave, que hace pensar en él como la nostalgia, cuando no se permite naufragar en los peligrosos tópicos del recuerdo cuando se cincela torpemente, apuntala lo que un día fuera, para que la vida transcurra atemperada en el presente.

Magnífica guía la de estas reflexiones de Rafael Cantalejo, para que al penetrar en las salas de la exposición, los aromas de un

ayer nos inciten a una contemplación serena y palpitante.

Plantadas más que colgadas de las paredes, se nos regalan orgullosas, unás honestas fotografías de lo que en su día fuera la Calle Real, con sus gentes deambulando por ella, desde La Plaza en la que fuera coronada la Reina Isabel, hasta el Azoguejo, donde el Acueducto trenza esos efectos ópticos que sus constructores le imprimieron para convertirlo en un primor de piedra, dejando que los vientos y las aguas de la sierra proporcionaran el aliento que la ciudad exigía para sobrevivir en épocas gloriosas y en decadencias dignamente soportadas.

En esa calle los comercios ofrecían sus productos en forma bien distinta a como lo hacen ahora. Cada época tiene su estrategia, su estética y los medios con los que únicamente se puede contar.

Uno recuerda de niño todos aquellos establecimientos con nombres tan singulares como La Gloria, zapatería en la que yo divagaba sobre la filosofía que alentaba para exponer el calzado de forma que los espacios que la mercancía respetaba, se convirtieran también en ofertas, para quienes, con vocación de artista, quisieran familiarizarse, con los zapatos, volúmenes ellos, y los silencios que les envolvían. Perfumería El Capricho, regalando aromas que pretendían hacer olvidar los tristes efluvios que aun perduraban de unos años excesivamente tristes. Casa Cabrero, con olor a cáñamo y materializando en sogas y cordeles los tra-

bajos rústicos para los que se hacían precisos. En la Perfumería Velasco, junto a colonias y envases de droguería, se cogían puntos a las medias puestas sobre un vaso para restaurar las carreras que prodigaba en exceso el nylon que, como novedad, incitaba el mirar las piernas casi recién asomadas a la intemperie, tras años de permanecer ocultas. Quintanilla colocaba en el escaparate prendas femeninas íntimas que deleitaban a los soldados cuando disfrutaban del asueto de los domingos. La Tropical con sus fotos toreras y unos jamoneros que el Currista Francisco manejaba como un stradivarius.

En unas vitrinas, de la exposición, reposan viejas entradas imprescindibles para asistir al cine Cervantes. Incluso creo que una linterna de acomodador, calzadores de Matías y Los Chicos. En fin para qué destriparles la exposición.

Por esa calle mi infancia aprendió a fumar la vida y el primer cigarrillo de Ideales, metiéndomelo en el bolsillo para que no se hiciera notoria la trasgresión. Mis ojos buscaban la chica que había obnubilado mis fantasías, y....

Tiempos que fueron, gentes que pasaron por entre nuestras vidas y el sentimiento general de cómo nada permanece salvo la esperanza de que la vida continúa. Ni mejor ni peor, sino sufriendo la diferencia de nuestras miradas y soportando los cambios, con la conciencia de que somos nosotros los que cambiamos.

¡Pasen y vean!